

Las elecciones de octubre en Medellín: candidaturas, temas y resultados*

*Juan Carlos Arenas Gómez
Juan Carlos Escobar Escobar*

Con la puesta en marcha de las elecciones locales en 1988 se hizo más evidente un fenómeno que ya había comenzado a percibirse desde décadas anteriores: la fuerza o la debilidad de las organizaciones partidistas a nivel nacional se sustenta en los procesos políticos locales y regionales, en la forma en que dichas organizaciones logran posicionar su poder en estos escenarios. Finalizando el Frente Nacional, el debilitamiento de las jefaturas naturales contribuyó a una suerte de inversión de la escala de reproducción del poder político que ya no iría necesariamente del ámbito nacional al local, cuando era posible la designación, por parte de una sola persona, de alcaldes y gobernadores.

De allí deriva la importancia de las elecciones populares de alcaldes y gobernadores, cuya realización ya se había venido discutiendo desde la década de los setentas. Estos comicios han sido vistos por los miembros de los partidos tradicionales y por las nuevas alternativas políticas, como el escenario propicio tanto para mantener una importante presencia política en las distintas zonas del país y procurar desde allí cierta articulación nacional de las organizaciones, como para tener un acceso directo a los cargos burocráticos, de los cuales se deriva en parte su fortalecimiento. En muchas ocasiones estos comicios ofrecen además una idea de lo que puede pasar en las elecciones parlamentarias y presidenciales, es decir, miden el pulso de las elecciones nacionales.

Este artículo propone un análisis de las elecciones locales del pasado 29 de octubre centrando la atención en el proceso electoral de la ciudad de Medellín. En un primer acápite se realizará una contextualización del proceso de elección de alcaldes en el plano nacional, intentando discutir algunas hipótesis que se han mostrado como tendencias generales. En un segundo momento se hará una descripción de la manera cómo se consolidaron las candidaturas a la alcaldía de Medellín, insistiendo en los mecanismos a través de los cuales se eligieron los candidatos y en las estrategias para posicionarlos ante el electorado. Se muestran también las coincidencias y los énfasis de cada candidato en sus propuestas y programas y en la publicidad que utilizaron durante la campaña. Finalmente, se intenta un análisis cuantitativo de los resultados de las elecciones utilizando para ello algunas herramientas estadísticas. Ordenar la exposición de este modo permite reconocer el proceso no sólo desde los resultados de los comicios, sino teniendo en cuenta también todos los recursos que se movilizaron alrededor de las diversas propuestas electorales.

1. Anotaciones sobre las elecciones locales en Colombia

Desde que comenzaron las elecciones populares de alcaldes en 1988, se ha insistido en mostrar la importancia de éstas y sus diferencias con los comicios de carácter nacional. Mientras las elecciones nacionales siguen respondiendo a un patrón marcadamente partidista, las locales han abierto más posibilidades a movimientos no tradicionales, aunque el liberalismo y el conservatismo sigan siendo mayoría, sobre todo el primero. En lo referente a las elecciones locales y regionales es importante, sin embargo, advertir varios fenómenos.

En primer lugar, siempre que se presenta un triunfo importante de coaliciones e independientes es necesario indagar por la composición de las primeras y las características de los segundos. En efecto, las coaliciones pueden estar compuestas por movimientos no partidistas que intentan derrotar a las fuerzas tradicionales en una determinada localidad, por una mezcla de independientes y alguno de los grupos tradicionales con el propósito de cerrarle el paso o destronar al otro partido tradicional o por la unión de los partidos tradicionales que temen un triunfo de fuerzas políticas diferentes. El importante avance de las coaliciones en 104 municipios del país –en 1997 habían triunfado en 60 alcaldías¹– no puede olvidar lo diverso de la composición de aquellas.

1 Véase: Miguel García Sánchez. "Bipartidismo, un paso atrás". *UN Periódico*. No. 16. Bogotá, Universidad Nacional, 19 de noviembre de 2000, p. 8.

Algo similar puede decirse de los llamados movimientos independientes, que la Registraduría aglutina bajo el nombre de “otros” y que han tenido una importante figuración desde que los alcaldes son elegidos popularmente, llegando a obtener el 29% de las alcaldías municipales en 1992 y el 21% en los comicios de octubre del año 2000. Dentro de esos “otros” pueden hallarse personajes que han tenido un pasado político dentro de los partidos tradicionales y deciden aparecer como independientes con el fin de obtener mejores resultados en los comicios; adicionalmente, está la figura respetada del pueblo, el cura para poner un ejemplo, que pasa del púlpito a la plaza convirtiéndose en una suerte de caudillo y que puede ser respaldado en ocasiones por uno de los partidos tradicionales; y están los que algunos llaman “otros-otros”, representantes de organizaciones sociales y populares. Siempre que los diarios del país hablan de cambios en el mapa político colombiano es importante tener en cuenta estas consideraciones.

En segundo lugar, es importante señalar que en las elecciones locales, desde su instauración en 1988, los resultados no son consistentes elección tras elección. Por ejemplo, los movimientos independientes y las coaliciones tuvieron un comportamiento importante en 1992, como acabamos de señalar, y luego un retroceso en 1994, un leve mejoramiento en 1997 y un repunte considerable en las elecciones de 2000. Un movimiento también oscilante, aunque tendiente a disminuir porcentualmente en los últimos dos comicios, puede advertirse en el Partido Conservador que en las pasadas elecciones obtuvo el 28.5% de los ejecutivos locales. Quizá el único comportamiento relativamente uniforme en las elecciones locales ha sido el del Partido Liberal, que ha dominado todos los comicios desde 1988 con un promedio superior al 40%.

Adicionalmente, puede demostrarse que en la mayoría de los municipios en los que las alcaldías han sido obtenidas por partidos o movimientos políticos no tradicionales, no se ha dado una continuidad o supervivencia de esas fuerzas. Un reordenamiento de corrientes políticas sólo puede darse en un número muy reducido de municipios, como lo señalaba Miguel García Sánchez días antes de los comicios del 29 de octubre: “Este es el caso de los trece municipios en los que la UP ha logrado posicionarse como alternativa efectiva al bipartidismo (...). Otros casos de reconfiguración son los de Barranquilla, con el movimiento liderado por el sacerdote Bernardo Hoyos; Armenia con la Anapo; Jambaló y Alto Baudó con la Alianza Social Indígena y Yondó con el M19”². Los resultados de las elecciones mostraron nuevamente las dificultades

2 Miguel García Sánchez. “El poder de las terceras fuerzas”. *UN Periódico*. No. 15. Bogotá, Universidad Nacional, 15 de octubre de 2000, p. 5.

de las fuerzas no tradicionales para mantenerse en el tiempo. La Unión Patriótica sólo se mantiene viva, literalmente, en tres municipios y el movimiento del sacerdote Bernardo Hoyos, que había dominado la política barranquillera desde 1994, tuvo que dejar el poder de ésta ciudad en manos de una coalición bipartidista.

A ésto se añade el que el 21% de las alcaldías alcanzadas por las fuerzas no tradicionales se reparte entre treinta y cinco partidos y movimientos distintos, lo que muestra no sólo la falta de continuidad sino la enorme dispersión de estas fuerzas. Por ello resultan carentes de sentido las preguntas por la posibilidad de que los independientes, que obtuvieron tan importante figuración en estos comicios, sean capaces de configurar una "propuesta nacional creíble" de cara a las próximas elecciones presidenciales. Es demasiado pedir, sobre todo cuando los triunfos de los llamados independientes no son sumables y cuando, en su mayoría, son movimientos de corte local y regional que tienen éxito en esos contextos. De todas maneras, la aparición de una eventual propuesta independiente en las elecciones presidenciales no será la suma de los treinta y cinco partidos y movimientos que triunfaron a escala local.

Una mirada de conjunto a las elecciones locales desde 1988 puede, entonces, atenuar las conclusiones que se han querido mostrar para los comicios del pasado 29 de octubre. Los independientes ya habían tenido en 1992 un mejor desempeño. El descenso del conservatismo, que fue evidente, fue mayor en las elecciones de 1992 en las que sólo lograron un 26.2% de las alcaldías locales, aunque no se puede negar que en esta ocasión perdieron fortines importantes como la alcaldía de Medellín y la gobernación de Antioquia. Los resultados del liberalismo lo siguen mostrando como la principal fuerza electoral del país, pero con una disminución porcentual respecto a las elecciones de 1997 y, sobre todo, a las de 1990, cuando ganaron el 52.4% de las alcaldías. Más que de un hundimiento definitivo del bipartidismo, tantas veces anunciado en los últimos años, lo que se puede observar con esta "oleada cíclica" de las elecciones locales es que, como lo decía Francisco Gutiérrez, los partidos tradicionales parecen pasar por ciclos de "fatiga de material" de los que siempre se han recuperado en los siguientes comicios, al tiempo que las otras opciones tienen dificultades para mantener resultados de una a otra elección.

Otra tendencia gruesa de las elecciones locales es la que ha venido formulando, desde hace ya algunos años, Patricia Pinzón de Lewin. En 1998 la enuncia de la siguiente manera: "En las ciudades colombianas hay una pérdida de atadura a los partidos tradicionales, lo que presupone un votante más independiente (...) más consciente en el sentido que no vota sólo siguiendo

el sentido partidista”³. Para la autora, existe una tendencia urbana a un voto más independiente y un voto rural más partidista.

Una variable de semejante generalización sugiere que los cambios en el comportamiento electoral pueden apreciarse, sobre todo, en las ciudades con más de 500.000 habitantes, en las cuales “el bipartidismo es pasado y el voto de opinión es presente”⁴. Andrés Dávila relativiza mucho más la tendencia indicando que, en general, las campañas para alcalde, concejal, gobernador y diputado tienden a ser todavía bastante tradicionales y a regirse por los mecanismos propios del clientelismo. Dice que la excepción podría estar en las grandes capitales, sobre todo en Bogotá, donde se han desarrollado desde 1994 elementos modernos en las campañas: “No obstante, el conjunto del escenario local y regional está todavía inmerso en la gramática tradicional de las campañas políticas, independientemente de que los candidatos pertenezcan a los tradicionales o a los cívicos”⁵.

Las dificultades para mantener una hipótesis como la que sugiere Pinzón de Lewin no son pocas. Quizá lo que pueda constatarse en algunas ciudades del país, especialmente en las cuatro grandes, es el fenómeno de la disminución de la adscripción partidista, lo que puede derivar en una “venta” del voto al mejor postor o en una especie de voto de “entusiasmo” en unos casos y de voto de “protesta” en otros. Pero no deriva necesariamente ni de manera homogénea en la configuración de un voto independiente o de “opinión”. Si esto fuera así, ¿cómo leer el triunfo de una coalición bipartidista sobre el Movimiento Ciudadano en Barranquilla, una de las ciudades que se mostraba como bastión de los independientes y del voto de opinión? ¿Cómo entender que la composición de los concejos y las asambleas, aún allí donde han triunfado alcaldes y gobernadores independientes, continúe siendo mayoritariamente bipartidista? Las dificultades para aventurar tendencias nacionales sólidas para los comicios locales son entonces evidentes.

3 Patricia Pinzón de Lewin. “Una aproximación al voto urbano: el voto en las ciudades colombianas”. En: Andrés Dávila y Ana María Bejarano (comp.). *Elecciones y democracia en Colombia, 1997-1998*. Bogotá, UNIANDES, Fundación Social, 1998.

4 Cristina Querubin y otros. “Dinámica de las elecciones populares de Alcaldes”. *Ibíd.* p. 136.

5 Andrés Dávila y Ana María Bejarano. “Las elecciones del 26 de octubre. ¿Cómo se reprodujo el orden local y regional?” *Ibíd.*

2. El proceso electoral en Medellín

El caso de Medellín se ajusta más difícilmente a los parámetros que se han mencionado. Aunque las encuestas aluden, aún en ésta ciudad, a la pérdida de adscripción respecto a los dos partidos tradicionales, lo cierto es que éstos siguen ganando todos los comicios. Las elecciones del pasado 29 de octubre mostraron fenómenos importantes que desarrollaremos en lo que sigue: la pérdida de la alcaldía por parte del conservatismo después de ocho años de dominio; la llegada al poder local de un liberalismo con aproximadamente 25 expresiones distintas en la ciudad; el importante avance de los independientes en los comicios para alcalde y su notable descenso en los resultados de las elecciones para el Concejo. Esta mirada al proceso electoral en Medellín aborda básicamente dos aspectos: en un primer momento se precisa cual es el origen de las candidaturas a la alcaldía que tomaron parte en las recientes elecciones; después, se reconstruyen algunos ejes temáticos en torno a los cuales giraron las propuestas de los candidatos, intentando mostrar las coincidencias y los énfasis de cada propuesta.

2.1 El surgimiento de las candidaturas

Dentro de los procesos electorales, uno de los elementos más importantes es el de la configuración de las candidaturas. Las preguntas por la forma en que aparecen los candidatos en la escena política, cómo son elegidos por sus grupos o partidos políticos y cómo se posicionan ante la opinión pública, son centrales y creemos que han sido importantes en la dinámica electoral de Medellín.

Un breve acercamiento a la teoría política, en especial a la teoría sobre partidos políticos, puede ayudarnos a entender la importancia que para éstos tiene la llamada "selección de los gobernantes". Maurice Duverger dedica unas páginas de *Los partidos políticos* al tema de la selección de candidatos, haciendo una distinción entre lo que llama el pre escrutinio que implica la selección de candidatos y las elecciones propiamente dichas. "Antes de ser escogido por sus electores, el diputado es escogido por el partido: los electores no hacen más que ratificar esta selección (...). Si se quiere mantener la teoría de la representación jurídica, hay que admitir que el elegido recibe un doble mandato: del partido y de sus electores (...)"⁶.

6 Maurice Duverger. *Los partidos políticos*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 378-379.

Duverger señala algunos elementos importantes que hacen que la selección de gobernantes no se haga siempre de la misma forma. Uno de ellos tiene que ver con la gran influencia que tienen los dirigentes del partido en el pre escrutinio, lo que hace que éste no sea nunca puro. Otro asunto, que sin duda resulta familiar para el caso colombiano, tiene que ver con la relación entre partidos y candidatos: "Generalmente, las relaciones entre partidos y candidatos tienen más sutileza: oficialmente, los segundos son designados por los primeros; prácticamente, esta designación se sitúa entre la nominación integral y la ratificación pura y simple. (...) A veces el partido escoge menos al candidato que el candidato escoge al partido"⁷.

En Colombia se han hecho algunos acercamientos a este asunto, tratando de mostrar en general la poca eficacia de los partidos políticos colombianos en la selección de candidatos. Para Pierre Gilhodes,

(...) los partidos colombianos se distinguen de los partidos del resto del mundo por su inoperancia. Tienen un papel de selección a un solo nivel y muy mediatizado: el presidente de la República (...). En efecto, a todos los niveles, los candidatos de los partidos son autonometrados al no existir afiliados, organizaciones de base, organizaciones regionales y al carecer de autoridad política y de facultades estatutarias la Dirección Nacional; el ser candidato es un acto voluntario cuyo único limitante es recibir el aval del representante legal del partido, requisito que no se niega ni se exige con seriedad⁸.

Las consideraciones de Eduardo Pizarro apuntan en una dirección similar. Su tesis sugiere que en el "tránsito de partidos fraccionales a partidos atomizados", profundizado en el país en los años noventas, las principales funciones de los partidos políticos se han ido esfumando, especialmente la selección del personal político. Su conclusión es que, a falta de mecanismos claros, son los candidatos los que eligen al partido y no al contrario⁹.

Es bastante difundida la idea según la cual durante mucho tiempo la vía más utilizada para elegir los candidatos a los distintos cargos era la de "el

7 *Ibid.* p. 381

8 Pierre Gilhodes. "Sistema de partidos y partidos políticos en Colombia". En: Oscar Delgado y otros. *Modernidad, democracia y partidos políticos*. Santafé de Bogotá, Fidec-Fescol, 1993, p. 103.

9 Eduardo Pizarro L. "Colombia ¿Renovación o colapso del sistema de partidos?" En: *Misión la política*. Documento de trabajo. Bogotá, Consejo asesor. ESAP, 1999.

bolígrafo". Los llamados jefes naturales de los partidos políticos elaboraban las listas o señalaban a dedo a quienes representarían al partido.

En la década de los noventa se han presentado cambios importantes en el ámbito nacional que no pueden soslayarse, sobre todo en el caso del partido liberal, que ha utilizado en los años 1990 y 1994 la llamada "consulta popular" como mecanismo para elegir al candidato de ese partido a la presidencia de la República. Los ecos de estos cambios se han sentido en los contextos locales, aunque no siempre derivaron en la realización de mecanismos democráticos para la escogencia de los candidatos. El caso de Medellín ilustra ésta situación.

Desde que comenzaron las elecciones populares de alcaldes en 1988, no han dejado de presentarse los debates en torno al mecanismo a través del cual se deben elegir los candidatos a éste cargo de representación. Hasta las elecciones de 1997, los conservadores de la ciudad siempre resolvieron el problema de forma más rápida y sencilla, aunque no necesariamente de manera democrática. En las dos primeras elecciones populares, los conservadores eligieron su candidato a la alcaldía a través de una fórmula que llamaron "elecciones primarias", más parecida a una consulta interna, de cualquier forma muy distante de lo que la teoría política conoce como "primarias"¹⁰. Estas "primarias" criollas se reducían a los miembros activos del Partido que hubiesen ocupado cargos públicos o que lo representaran en organizaciones cívicas o comunitarias. Por entonces, el papel del Directorio Conservador de Antioquia era fundamental en la organización de estos comicios para elegir el candidato.

Desde 1992, esta fórmula se abandonó, al tiempo que el Directorio dejó de tener peso en la definición del mismo. Los mecanismos de selección de candidatos comenzaron a ser parte de los acuerdos de los grupos conservadores de mayor presencia electoral: el Unionismo Conservador y la Fuerza Progresista del Coraje. En adelante, el candidato fue elegido por "aclamación" o por "consenso" en algún recinto de la ciudad, luego del visto bueno de los jefes de

10 "En principio, una primaria es un pre-escrutinio que sirve para la nominación de los candidatos de un partido para las elecciones propiamente dichas (...). La primaria está organizada oficialmente por los poderes públicos, como la elección misma; se desarrolla oficialmente en las mismas oficinas de votación: pero funciona dentro de cada partido. Cada elector escoge entre los candidatos de su propio partido al que defenderá los colores del partido en las elecciones". Maurice Duverger. *Op.cit.* p. 387.

los grupos políticos. Más importante que la forma en que se eligiera el candidato eran la imagen de éste y las etiquetas en las que podía envolverse su candidatura¹¹.

Las fisuras dentro del conservatismo, que se intentaron ocultar con declaraciones de “consenso”, comenzaron a evidenciarse desde 1994, cuando Sergio Naranjo presentó su candidatura sin tener en cuenta los acuerdos entre los grupos conservadores. En esa ocasión, una adhesión de última hora del candidato del oficialismo conservador y la división de los liberales evitaron un posible revés del conservatismo. Las divisiones dentro del conservatismo comenzaron a tomar un tono de irreconciliables, al punto que para 1997 Naranjo ya había armado su propio grupo político, mientras que el distanciamiento entre el Coraje y el Unionismo era cada vez más evidente.

Para las elecciones del pasado 29 de octubre se presentaron ante el electorado dos candidatos de origen conservador, aunque a ambos les incomodaba ese apelativo. La candidatura de Sergio Naranjo se lanzó desde diciembre de 1999 en el Country Club, ante unas 400 personas que lo vieron al lado de una pantalla gigante que reproducía su imagen y que lo escucharon decir que volvía para “recuperar el tiempo perdido”, en una clara alusión al gobierno de Juan Gómez. Su lanzamiento constituyó una “auto proclamación” apoyada en el movimiento que fundara años atrás: Renovación Democrática. Así como no se conoció ningún mecanismo claro para la elección de su candidatura, tampoco eran claros los criterios para otorgar avales a los candidatos al Concejo. Los 18 candidatos avalados por Renovación Democrática, de una procedencia política bastante heterogénea¹², parecían responder más a la necesidad de ampliar artificialmente el movimiento en la ciudad.

11 Una ampliación del tema de las etiquetas discursivas empleadas por el conservatismo en Medellín a lo largo de la década del noventa puede leerse en: Juan Carlos Arenas G. y Juan Carlos Escobar E. “Discursos políticos y resultados electorales en Medellín durante los años noventas”. *Estudios Políticos*. No. 16, Medellín, Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, enero-junio de 2000, pp. 73-99.

12 Dentro de los candidatos avalados al Concejo por el movimiento Renovación Democrática se encontraban personajes de diversa procedencia política, como conservadores que hacían parte del grupo político de Sergio Naranjo desde años atrás, algunos de tendencia liberal como Jorge Morales Gil, personajes de reciente pasado en grupos políticos de izquierda como Gonzalo Álvarez y algunos líderes barriales y comunitarios de la ciudad.

El conservatismo oficialista, de otro lado, demoró bastante la elección de su candidato a la alcaldía. La demora la originó, en parte, la negativa del ex alcalde Luis Alfredo Ramos de aceptar la postulación. Unas semanas antes de la fecha límite para inscribir candidatos a los comicios, los grupos conservadores llegaron a un acuerdo en torno al nombre de Jaime Arrubla Paucar, que en el momento se desempeñaba como secretario privado de la presidencia de la República. Un grupo de “componedores” o “facilitadores”, integrado por unos “notables” del conservatismo en la ciudad, llegó a ese acuerdo después de lo que llamaron el “consenso” entre el Unionismo, la Fuerza Progresista del Coraje y el Progresismo Democrático. Para muchos, el asunto se reducía simplemente al señalamiento por parte de Fabio Valencia Cossio, quien, a falta de candidatos “naturales” como Ramos, optó por un personaje hasta entonces desconocido para la mayoría de los habitantes de la ciudad. La primera labor consistía, entonces, en dar a conocer al candidato a la opinión pública, comenzando por el lanzamiento de la campaña que se realizó en medio de un espectáculo artístico cuyo principal atractivo lo constituía “La Caponera”. La ciudad fue inundada por vallas publicitarias que resaltaban la imagen del candidato y en las que no aparecía ninguna alusión al conservatismo o al Partido Conservador, intentando mostrar un candidato “independiente”. A diferencia de Naranjo, Arrubla retomó la bandera del continuismo, apoyando su desconocida imagen en la del alcalde saliente, que por entonces gozaba de la popularidad que otorgan las encuestas.

Contrario a lo que hubieran deseado, la campaña de Arrubla no fue respaldada por todo el conservatismo de la ciudad. Varios senadores y representantes conservadores antioqueños apoyaron públicamente la candidatura de Naranjo, al igual que integrantes de los grupos que habían acordado apoyar a Arrubla. La división se evidenció incluso en el periódico *El Colombiano*, cuyos columnistas apoyaron a uno u otro candidato y cuya posición editorial se cuidó de respaldar directamente a alguno de ellos.

Los más interesados en que esta situación se mantuviera hasta el final eran, por supuesto, los liberales, que comenzaron a ver en esa división la posibilidad de retornar a la alcaldía después de ocho años. El liberalismo había abortado, una y otra vez en el pasado, la posibilidad de elegir al candidato a la alcaldía a través de una consulta popular. La necesidad de la unidad ante el progresivo fraccionamiento que experimentara a lo largo de la década pasada, ponía siempre en el centro de la discusión la cuestión de los mecanismos de elección de los candidatos. El problema consistía precisamente en la dificultad para poner de acuerdo los liderazgos de los viejos jefes entre sí y con los de las

figuras que comenzaban a emerger, y en mantener la “disciplina” a la que se apelaba siempre en los debates electorales, así como en la coordinación de las instancias municipal, departamental y nacional, cada una de las cuales reclamaba para sí la vocería del partido. Los propósitos de concretar mecanismos democráticos se diluían, al tiempo que avanzaban las campañas y los grupúsculos tomaban posición frente a las candidaturas, adhiriendo, en ocasiones, a candidatos distintos a los liberales. En los noventa se ensayaron métodos como el Colegio Electoral, las encuestas y las consultas internas. Sin embargo, era frecuente que la decisión final sobre quién debería representar al partido en las elecciones la tomara una persona o un pequeño grupo interesado en alguno de los precandidatos.

Las precandidaturas liberales para las pasadas elecciones comenzaron a conocerse desde finales de 1999. Al tiempo que se conocían los candidatos, se iba consolidando la posibilidad de realizar, esta vez sí, la consulta popular. Algunos factores permitieron que en esta oportunidad la consulta se llevara a cabo. Uno de ellos fue el alejamiento del proceso de algunos jefes liberales: ni Bernardo Guerra Serna, ni Evelio Ramírez Martínez, ni Alvaro Uribe Vélez tuvieron una participación directa y determinante como en anteriores ocasiones, en las que sus disputas por el liderazgo eran más importantes que cualquier otra consideración. Esto permitió, además, que la intervención de la Dirección Nacional Liberal (DNL) fuera más directa, estableciendo cierta “disciplina de partido” generada, en parte, por el afán de regresar a palacio en las presidenciales del año 2002. La constante presencia del presidente de la DNL y el acompañamiento de Horacio Serpa en el cierre de las campañas de Luis Pérez a la alcaldía y Guillermo Gaviria a la gobernación de Antioquia, reflejan el interés del liberalismo por una región que electoralmente ha sido decisiva en los comicios para presidente de la República.

La consulta se llevó a cabo el 18 de junio, en cinco de las treinta y dos gobernaciones y en 24 alcaldías de todo el país. Para la alcaldía de Medellín se presentaron los nombres de Luis Pérez Gutiérrez, Edgar Gutiérrez Castro, Jorge Orlando Gutiérrez, Carlos Alberto Atehortúa y Omaira Cifuentes Lora, aunque estos dos últimos declinaron su aspiración semanas antes y la disputa se centró básicamente en los dos primeros. En los comicios podían participar todas aquellas personas que hicieran parte del censo electoral y no sólo los miembros o simpatizantes del Partido.

La consulta popular fue ganada por Luis Pérez, quien obtuvo 12.797 votos de los 24.301 que se sufragaron en la ciudad, seguido por Edgar Gutiérrez

Castro, por quien votaron 8.845 personas. Luis Pérez había sido ya candidato del liberalismo en las elecciones de 1997, en las que obtuvo cerca de noventa mil votos, siendo ampliamente superado por Juan Gómez. Al igual que en aquella ocasión, su candidatura fue presentada ante la opinión pública como una candidatura de partido, avalada por el Partido Liberal Colombiano, respaldada por la casi totalidad de grupos liberales que tienen presencia en la ciudad y por el periódico *El Mundo*, que publicó la columna del candidato hasta el mismo día de las elecciones y mantuvo una posición editorial marcadamente partidista a lo largo del proceso electoral¹³.

Finalmente, la candidatura de Sergio Fajardo fue el resultado de una serie de tertulias realizadas a lo largo de seis meses en torno a algunos de los problemas de la ciudad. El nombre de "Compromiso Ciudadano", con el que se identificó el movimiento que lideraba, fue el resultado de un sondeo realizado en el mes de abril ante un auditorio congregado en la Cámara de Comercio de Medellín y el aval para poder participar en los comicios lo otorgó la Alianza Social Indígena, en un acto en el que la diputada Eulalia Yagarí le entregó al candidato el *Bastón de Jaibaná Embera*, que para los indígenas es símbolo de autoridad y sabiduría. A principios del mes de julio, el movimiento presentó lo que denominó una Propuesta Cívica para Medellín, en la que se plasmaba su programa de gobierno.

La candidatura fue mostrada a la ciudad como independiente de los partidos y las maquinarias tradicionales, como una manera diferente de ver y hacer la política, teniendo una importante acogida en organizaciones sociales y algunas ONG's locales, así como en los estratos altos de Medellín, como se mostrará más adelante. La estrategia de entregar personalmente la publicidad en las calles de la ciudad, copiando un modelo utilizado ya en anteriores campañas en Bogotá, fue una de las formas de posicionar la imagen de un candidato del que se resaltaba su amplia trayectoria en el mundo de la ciencia y la academia, la participación en procesos regionales de paz y la inexistencia

13 El día de las elecciones, *El Mundo* publicó en su editorial lo siguiente: "Reafirmamos hoy nuestra tradición de defensa de los partidos políticos, que son los cauces que toda sociedad necesita para que se conforme una verdadera opinión pública y los instrumentos fundamentales para el funcionamiento de la democracia. EL MUNDO defiende la doctrina tradicional del Partido Liberal y es solidario con la obra que la colectividad ha dejado en la historia de nuestro país". En el mismo editorial se resalta la escogencia del candidato con base en la consulta popular. En: "¡A votar por el futuro!" *El Mundo*, Medellín, 29 de octubre de 2000, p. 3.

de vínculos con la política tradicional, resultando más importante esta imagen del candidato que la existencia de un movimiento, aunque insistentemente se dijera lo contrario.

La manera en que surgen y se muestran las campañas y los candidatos tiene un efecto importante en los electores, aunque las razones de la decisión final de voto sean múltiples. Los conservadores intentaron mostrar, aunque más tímidamente, estrategias que en el pasado les dieron buenos réditos, como el apelo al suprapartidismo y a la candidatura independiente. La división que experimentaron en esta oportunidad demostró que en esta ciudad, además de las estrategias discursivas, siguen teniendo peso las estrategias organizativas de los partidos, al menos en tiempo electoral. Aunque la votación en la consulta popular fue mucho menor de lo que esperaban, los liberales resaltaron a lo largo de la campaña el hecho de que la candidatura hubiera surgido como resultado de un mecanismo democrático y que hubieran logrado unir al partido, al tiempo que denigraban del conservatismo por la manera en que habían elegido a su candidato y aprovechaban su división.

2.2 Coincidencias y énfasis de los temas de campaña¹⁴

En general, los programas de los diversos candidatos toman posición en torno a una serie de problemas que se creen comunes. En el caso de Medellín pueden reconocerse algunos ejes básicos alrededor de los cuales se articularon las propuestas de los cuatro candidatos a la alcaldía: en el primero se incluyen aspectos de la inversión pública en sectores como educación, salud, recreación y empleo; el segundo eje articula seguridad, convivencia y participación ciudadana; el último eje coloca en el centro los asuntos de la gestión pública. Adicionalmente, a lo largo de la campaña electoral, fueron surgiendo algunos temas un tanto más coyunturales que, en muchas ocasiones, aparecieron como centrales en las intervenciones públicas de los candidatos. Dos de ellos parecen relevantes: la movilización alrededor de la realización de las obras en la carrera 76 y el debate en torno al manejo tarifario de Empresas Públicas de Medellín.

En ese sentido, interesa determinar cuál fue la posición de cada uno de los candidatos a la alcaldía frente a dichos ejes temáticos, para establecer las

14 La información utilizada para la elaboración de este numeral fue tomada de los programas presentados por los candidatos a la alcaldía ante la Registraduría de Medellín, de información de la prensa local y de publicidad política emitida por las campañas.

coincidencias entre ellos y, sobre todo, los énfasis que cada opción propuso con el fin de hacerse reconocer por los electores. La incidencia que tiene la presentación de los programas y las propuestas de los candidatos sobre la decisión final de los sufragantes es un asunto relevante, pero su estudio excede las posibilidades de éste artículo. No por ello debe soslayarse su contenido y los elementos que de allí se deslizan hacia las estrategias publicitarias de los candidatos. Analizar uno y otro elemento permite reconocer, así sea fragmentariamente, los trazos básicos del discurso político característico de las pasadas elecciones locales.

En lo que sigue se muestran los “lugares” desde los cuales cada candidatura procuró justificarse como una opción legítima. Luego se indican las coincidencias de los candidatos en relación con los ejes temáticos arriba enunciados. En la tercera parte se señalan los énfasis propuestos por cada candidato, evidenciando cómo se plasmaron dichos énfasis en la publicidad política. Finalmente, se alude a los temas de coyuntura que atravesaron la campaña política.

Las justificaciones que los candidatos hicieron de su propuesta política estuvieron determinadas tanto por la postura frente a la “crisis” socioeconómica y política del país y la ciudad, como por opiniones sobre el desempeño de la administración local.

Los “principios” en los que fundamentó Jaime Arrubla Paucar su aspiración fueron de carácter general: un reconocimiento del pluralismo democrático, de la participación equitativa así como de la transparencia en la gestión y el desarrollo humano sostenible. Formuló como retos básicos el mejoramiento de las condiciones educativas y laborales, reconociendo tácitamente que esos aspectos eran problemáticos. Fue característica de esta candidatura la cautela en la formulación de diagnósticos acerca de la gestión local, procurando resaltar más el carácter de continuidad que podrían tener sus propuestas con algunas de las gestiones del gobierno de Juan Gómez Martínez.

Por su parte, Luis Pérez Gutiérrez fundó sus aspiraciones en un diagnóstico que señalaba dos problemáticas centrales: la inseguridad y el desempleo, asociados con la crisis de un modelo de gestión de los recursos de la ciudad. Para este candidato, la falta de liderazgo podía leerse como pérdida de autoridad y sus consecuencias básicas consistían en que la ciudad se hacía “rehén de la delincuencia” y era “devorada por el desempleo y la pobreza”. Frente a un panorama tal –anunciado en tono bastante apocalíptico– el candidato se colocó como la alternativa: “(...) pongo mi inteligencia y mi honestidad para construir una ciudad donde reinen la tranquilidad, las oportunidades

de empleo y la educación (...)" . Cabe decir que en este caso había una lectura de las manifestaciones perceptibles de la "crisis" y una asignación de responsabilidad a las administraciones locales precedentes.

El candidato de Renovación Democrática, Sergio Naranjo, hizo esfuerzos por legitimar su aspiración, postulando la pertinencia de dar "continuidad creativa" a su gestión anterior (1994-1997) como una manera de "recuperar el tiempo perdido" y de "reconstruir el país desde el ámbito local y regional", como alternativa en el contexto de la globalización, a las deficiencias de la gestión centralista del desarrollo. Esta justificación enfatizó, además, en el mecanismo de construcción de la propuesta: un proceso planificador –de corte gerencial y prospectivo– que permitiría reconocer el interés general y establecer un orden de prioridades de manera concertada.

Finalmente, Sergio Fajardo debía afrontar dos tareas en la justificación de sus aspiraciones. De una parte, resultaba imprescindible para él mostrar que "Compromiso Ciudadano" era una "realidad política y social en Medellín" que no se agotaba en un proyecto de carácter "personalista" y que, como tal, estaba en capacidad de liderar procesos de cambio en la ciudad, "en el horizonte de lo posible e inaplazable". Por otra parte, era condición de su aspiración poder demostrar que tanto él como su movimiento constituían efectivamente una "alternativa". Para esto último, debió abundar en un diagnóstico que tomaba como referente el sistema político en general y, ocasionalmente, sus manifestaciones locales. El diagnóstico hablaba de "creciente deterioro de la gestión pública, tendencia al envilecimiento de la actividad política, violencia y, en general, acelerado retroceso de la calidad de vida", y nombraba los actores responsables de dicho proceso: los partidos tradicionales y los actores armados. Ante unos y otros, el movimiento se colocaba como "independiente", es decir, por fuera de las responsabilidades directas de la crisis política. Frente a ésto, el reto era corregir el "alejamiento" que los ciudadanos habían mantenido frente al ámbito de la política y recuperar principios como la participación democrática, la confianza en las instituciones y en los líderes, el ejercicio de un poder visible, la fundamentación de la gestión pública en el conocimiento, entre otros.

Tanto la manera de posicionar la candidatura en el marco de la crisis, esto es, como alternativa, como el deslinde que se establece con los demás actores políticos, son recursos discursivos indispensables para hacerse un espacio y una imagen en el ámbito político conducentes al reconocimiento en el "mercado electoral".

De otro lado, las posiciones en torno a los ejes temáticos apuntaban en una dirección similar, aunque no siempre las candidaturas lograban diferenciarse entre ellas. No son pocas las coincidencias en cuanto a los temas de la campaña. El primer eje temático, inversión pública en sectores como educación, salud, recreación y empleo, se presentó en un contexto de fragilización de los vínculos laborales y de incremento permanente y significativo de los costos de la educación, la salud, la vivienda y recreación, lo que hace que constituyan temas obvios en la formulación de propuestas de las diversas candidaturas.

Frente al problema del empleo, los candidatos coincidieron en la necesidad de favorecer la cooperación entre los sectores público y privado, a fin de orientar el proceso de reconversión del sistema productivo de la ciudad, tendiente a explorar posibilidades en sectores como el de las telecomunicaciones, ampliar las alternativas del sector exportador y generar condiciones para el turismo cultural y de negocios en la ciudad. Así mismo, y en conexión con lo anterior, se insistió por parte de todos los candidatos en la necesidad de introducir reformas en el sistema educativo, orientándolo hacia la capacitación para el empleo, tanto dentro de los esquemas de la educación formal como en los procesos no formales. Esto mismo tendría el efecto de disminuir la presión sobre la oferta de empleo, lo que de paso reduciría, de acuerdo con las propuestas, los altos índices de desempleo en la ciudad.

Otro aspecto coincidente fue el llamado a hacer más eficiente la prestación de servicios de salud, reduciendo costos, ampliando cobertura y generando políticas de salud preventiva. Para todos los candidatos resultaba conveniente invertir en el mejoramiento de las diversas redes de atención hospitalaria, teniendo muy presente fortalecer la prestación de servicios especializados, con el objetivo de hacer de Medellín un centro internacional de prestación de servicios médicos. En general, se pensaba que el mejoramiento en la prestación de estos servicios constituiría un paso fundamental en la configuración de condiciones y ventajas de Medellín para la competencia internacional.

El segundo eje temático, como se dijo, vinculaba seguridad, convivencia y participación ciudadana. En este punto, todos partían de un diagnóstico común: altos índices de homicidios y de robos, inoperancia del Estado en su deber constitucional de proteger los bienes y la vida de sus ciudadanos, apatía de la población y altos niveles de insolidaridad. Frente a esto se repitieron las fórmulas más generales: liderazgo del alcalde en la implementación de políticas de seguridad y convivencia, presencia eficaz del Estado, fortalecimiento de vínculos familiares e implementación de políticas de inversión social que

propiciaran la participación ciudadana y la cooperación con las organizaciones estatales.

El tercer eje tenía como tema la gestión pública. En este ámbito es necesario reconocer dos condicionamientos externos: los imperativos de recorte del gasto público y la insistencia en el problema de la corrupción. La situación ante la alcaldía de Medellín era un tanto paradójica. Una alusión permanente y generalizada –no siempre justificada– de que en Medellín la gestión de la administración es buena y, a contrapelo, el imperativo de rediseñar la administración local para hacerla más ágil y menos costosa. Ante lo primero, los candidatos insistieron en la posibilidad de controlar, con base en índices de gestión, la eficiencia y eficacia en los programas implementados. Frente a lo segundo, ostentaron amplias virtudes de transparencia en el manejo de lo público e “independencia” para el rediseño adecuado del tamaño de la administración, con el fin de reducir los costos de funcionamiento. En medio de estas coincidencias, no necesariamente reconocidas por las diferentes campañas, cada candidatura pretendió darse un sello particular.

Al decir de Jaime Arrubla, sus prioridades estaban puestas en el empleo y la educación, aunque cabe decir que, efectivamente, sus propuestas podían confundirse con la de los otros candidatos. Quizá lo que marcó la diferencia fue una particular insistencia en el papel del sector privado y el hecho de que se lo hubiera etiquetado como el candidato de la continuidad de la administración Gómez Martínez. El candidato mismo quiso aprovechar esta circunstancia y, en varias oportunidades, resaltó este carácter de su propuesta.

Los énfasis de Luis Pérez fueron la seguridad, la educación y el empleo. Quizá la propuesta que mejor recoge dichos énfasis era la de la educación obligatoria hasta los quince años y el plan complementario de la “finca escuela para artes y oficios”, a donde serían conducidos todos aquellos niños y jóvenes que por diversas circunstancias no acudían a la escuela. Aquí, en un tono bastante autoritario, se colocaba la triada educación–trabajo–seguridad, desde la cual el candidato dio el tinte a su propuesta de recuperar la autoridad y de crear oportunidades de educación y empleo para los ciudadanos.

Por su parte, Sergio Naranjo procuró en todos los ámbitos en los que expuso su programa darle contundencia a sus propuestas mostrando cifras. Los énfasis del programa se marcaban por la prioridad concedida al impulso de los macro proyectos locales y regionales que permitirían completar la “plataforma urbana” de la ciudad, para convertir a Medellín en una ciudad competitiva en el contexto de la globalización. Bajo esta lógica se consideraba que de la

dinámica que tomara la economía por el impulso de los grandes proyectos de infraestructura, dependían los niveles de inversión social.

El candidato de Compromiso Ciudadano, Sergio Fajardo, insistió más en la transparencia y en el papel de la educación como eje dinamizador del desarrollo de la ciudad. La anticorrupción era una bandera fundamental, en tanto daba sentido a su “propuesta cívica” y le permitía mostrar independencia en el manejo de asuntos básicos como la nómina del municipio y el ajuste del gasto público. La educación suponía no sólo un aspecto más en los gastos del municipio, sino, al decir del candidato, la “empresa pública del siglo XXI”. Ésta se conformaría con capital proveniente de las transferencias efectuadas por Empresas Públicas de Medellín al municipio. Dentro de la propuesta global, la educación funcionaría como elemento articulador del plan de empleo, de la propuesta de competitividad de la ciudad y el mejoramiento de las condiciones de convivencia por la vía de la cultura ciudadana.

Cada uno de estos elementos se fue evidenciando en la publicidad de cada candidato. Desde ella se pretendía transmitir nociones elementales acerca de las posturas políticas de los candidatos, cristalizar ciertas imágenes e intentar, con anuncios pegajosos, transmitir los énfasis hechos en los programas.

En Medellín, las campañas del liberalismo y el conservatismo eludieron, por lo general, la utilización visible de aquellos símbolos que vincularan a los candidatos con los partidos políticos. Por su parte, las otras dos candidaturas mostraron sus símbolos, aludieron a su novedad y remarcaron su diferenciación con las organizaciones “tradicionales”. Todos en general, vieron la necesidad de convocar el apoyo de la población, postulándose, cada cual a su manera, como la alternativa frente al descrédito y el malestar con la política. De allí se derivó la tendencia a proyectar una imagen de los candidatos pegada de los mejores aspectos de su personalidad, de sus logros profesionales y, de manera muy condensada, de aquellos elementos del programa que juzgaron más atractivos.

La publicidad de Jaime Arrubla subrayaba su perfil académico y docente, su experiencia en el sector público, pero también su “distancia-independencia” de los grupos políticos conservadores. Sin embargo, este candidato no logró hacerse con una imagen fuerte y resultó subsidiario de la “popularidad” del alcalde Juan Gómez, lo que en vez de beneficios parece haberle reportado un alto costo político. Luis Pérez, candidato único del liberalismo, se postuló como la alternativa, como el cambio, y utilizó en la publicidad propuestas de más corto plazo: servicios públicos, vivienda, generación de empleo. Su *slogan*

ponía de presente carencias en algunos aspectos de las políticas públicas de inversión social en la ciudad. De Sergio Naranjo se resaltó su experiencia, su aceptación en la opinión pública –a lo largo de toda la campaña, encabezó los sondeos de opinión– y la necesidad de recuperar el tiempo perdido. Finalmente, Sergio Fajardo proponía en su publicidad el cambio general de las costumbres políticas. Desde su candidatura, se insistió en los escándalos de corrupción, en la falta de concertación de la administración local para la toma de decisiones que afectaban el futuro de la ciudad, en el descrédito de la política y en la alternativa presentada a los ciudadanos de escoger una propuesta al margen de las organizaciones tradicionales. Así, se pedía el cambio no sólo de grupo político, sino de “manera de hacer política”. En este caso el cambio significaba poner en cuestión la corrupción y en general las prácticas administrativas características del clientelismo, postulándose a sí mismo como una opción limpia, transparente y sin atadura de ningún tipo.

Como puede notarse, en la publicidad política de los candidatos estuvo presente de una u otra forma la idea de continuidad o cambio, teniendo en cuenta que el conservatismo había ocupado la administración de la ciudad desde 1992.

Finalmente, cabe mencionar todavía dos asuntos de coyuntura que hicieron parte del debate y que sin duda fueron más atendidos que los ejes gruesos de los programas. La movilización alrededor de la ampliación de la Carrera 76 por valorización y el problema de los costos de los servicios públicos.

Del primero cabe decir que fue un movimiento animado por los habitantes del sector, que veían afectados sus intereses por la obra, y que vinculó en la discusión a los candidatos, logrando crear cierto clima de opinión. Dicho clima no fue en todo caso favorable a la actual administración y constituyó un medio óptimo para hacer publicidad negativa en contra del candidato oficial del conservatismo. Los elementos que más se resaltaron en las discusiones en torno a este proyecto fueron la impertinencia de la aplicación del sistema de valorización y la falta de concertación por parte de la administración. La actitud de los candidatos ante esta problemática puede resumirse así: una favorable a la obra, de Jaime Arrubla, que proponía mitigar más las cargas de estratos medios y bajos; otra que consideraba necesario evaluar el mecanismo de ejecución de la obra, pero con mucha cautela a la hora de comprometer una decisión en cuanto a la continuidad o suspensión de los trabajos, y una tercera que aludía llanamente a la impertinencia de la obra y planteaba la intención de suspenderla inmediatamente. Esta última, que fue la apuesta del candidato liberal, sin duda incidió en el comportamiento electoral de esa zona.

El otro tema, recurrente en todas las campañas electorales desde 1988, fue el de Empresas Públicas. La novedad en el actual proceso consistió en que ya no sólo se discutió acerca de quién gerenciaría la entidad, sino que se incluyó el tema del manejo tarifario. La cuestión se desenvolvió como una disputa entre el candidato liberal y la actual administración, poniendo como tema de debate los costos asumidos por los usuarios en la prestación de los servicios públicos y las inversiones de la empresa en otras zonas del país. Por parte de la administración, se discutió activamente con la participación tanto del alcalde Juan Gómez como del gerente de la entidad, quien tendía básicamente a mostrar la inaplicabilidad de las propuestas del candidato liberal. Por su parte, éste no cesó de usar tal recurso tanto en los debates televisados como en la publicidad, comprometiéndose a adelantar políticas que, por un lado, hicieran prosperas las Empresas generando empleo en la ciudad y, por otro, congelaran las tarifas de servicios, para hacer de ellas las más baratas del país.

Estos temas de coyuntura tanto como la publicidad política permitieron captar algunos elementos diferenciadores que se insinuaban tímidamente en las propuestas programáticas. Los programas, incluidos sus énfasis, se ajustaron a formatos generales y más o menos homogéneos. De los diagnósticos, que tenían elementos comunes, se resaltó el hecho de que quién los formulaba se colocaba al lado de las soluciones, y ubicaba a sus contendores como parte de las causas de los problemas. Esta fue una de las formas de posicionar cada candidatura como la mejor alternativa.

3. Resultados electorales. Un análisis comparativo de las elecciones a alcaldía y concejo

Esta parte final intenta un análisis de los resultados de las pasadas elecciones locales en dos sentidos. Por un lado, se hará una evaluación de las elecciones en Medellín en el año 2000, en lo que tiene que ver con el comportamiento zonal de los comicios de alcaldía y concejo. Por otro, analizaremos el desempeño de dos indicadores en estas elecciones: los índices de eficiencia y equidad, que sirven para evaluar el comportamiento de las organizaciones que toman parte en las elecciones y del sistema político en la configuración de un escenario de representación local como el concejo desde 1988. El propósito es discutir algunas opiniones que se han ventilado en los medios y que miradas detenidamente resultan generalizaciones difíciles de comprobar.

Los datos más generales del comportamiento electoral en Medellín pueden resumirse de la siguiente forma. El índice de participación sobrepasó el 43% y el número real de votantes aumentó en algo más de 65.000 personas. Quien resultó electo como alcalde –Luis Pérez Gutiérrez– obtuvo el apoyo del 34.4% de los electores y las listas al concejo que obtuvieron curul –21 de las 144 inscritas– recogieron aproximadamente el 30% del total de votos depositados. Con estos resultados, el liberalismo ganaba la alcaldía y el concejo quedaba con una composición marcadamente bipartidista, con un peso mayoritario de los grupos conservadores.

Como se sabe, la alcaldía la disputaron cuatro candidatos. Uno a nombre de una coalición de los movimientos conservadores¹⁵, aunque en la práctica representaba al oficialismo conservador; otro presentado como candidato oficial del Partido Liberal; un tercero por el Movimiento de Renovación Democrática, organización de base conservadora pero de composición muy heterogénea; y finalmente, una candidatura independiente inscrita con el aval del movimiento Alianza Social Indígena. Estas opciones captaron el apoyo de 335.322 electores de los 372.807 que depositaron el tarjetón para alcalde.

Para el concejo municipal fueron inscritas 144 listas, así: 46 con el aval del Partido Liberal Colombiano, 27 apoyadas por los diversos grupos conservadores, 18 a nombre del Movimiento Renovación Democrática de Sergio Naranjo y 53 de otras organizaciones políticas. Estas 144 listas aglutinaron un total de 299.925 votos de un total consignado para el Concejo de 369.672.

En el caso de Medellín se sostiene el patrón según el cual las personas votan más por alcaldía que por el concejo. Así, por cada 100 tarjetones depositados por los candidatos a la alcaldía, se depositaron 89 por los candidatos al concejo. El comportamiento de los votos en blanco, las tarjetas no marcadas y los votos nulos hablan también a favor de esa tendencia. Así, los electores depositaron más tarjetones marcados en blanco en las elecciones para concejo que en la elección de alcalde. Por cada 100 votos en blanco en los comicios para alcalde, se marcaron de esa misma manera aproximadamente

15 Vale la pena notar que la candidatura de Jaime Arrubla fue inscrita ante la Registraduría como una coalición, por el respaldo oficial del partido conservador y de movimientos que se han derivado de éste, y que en la actualidad poseen personería jurídica ante la organización electoral. Los casos que sobresalen son los del Movimiento Fuerza Progresista y el Progresismo Democrático. En este caso el apoyo lo aportaba una especie de federación de movimientos de origen conservador.

200 cuando la decisión era por las alternativas al concejo. Una tendencia similar se capta en las tarjetas no marcadas y, aunque con menos fuerza, en los votos nulos.

Si el análisis se desagrega por categorías políticas se encuentra lo siguiente. En el caso del Partido Liberal, de cada cien votantes que acudían a las urnas y depositaban su tarjetón por Luis Pérez, 81 electores lo hacían por listas al concejo inscritas por este mismo partido y 122 por el candidato a la gobernación avalado por esta organización¹⁶. Con base en ésto, cabe la conjetura de que, en el caso del liberalismo, se dio una combinación importante entre el voto que movilizaban los equipos políticos a favor de sus candidatos a la alcaldía, la gobernación y el concejo y la captura de votos por fuera de la organización, de los heterogéneos sectores o intereses de la ciudad, que en su orden favorecieron más al candidato a la gobernación, luego a la opción a la alcaldía y, en menor medida, apoyaron algunas opciones para el concejo. Es importante insistir en que los diversos equipos políticos y las listas al concejo que apoyaban al candidato liberal "cumplieron" con el apoyo prometido a sus candidatos, cosa que no se evidenció tan claramente en las otras candidaturas.

El caso de Jaime Arrubla fue diametralmente diferente. Por cada 100 votos que favorecían al candidato conservador, se depositaron 180 tarjetones por las listas al concejo que lo estaban apoyando y aproximadamente 250 por Alvaro Villegas Moreno, candidato por ésta organización a la gobernación. Esta distancia entre las votaciones puede mostrar la falta de compromiso de los equipos de base del partido conservador, que lograron una significativa cooperación de los electores a favor de sus listas al concejo pero que no pudieron "arrastrar" el apoyo a favor de la opción que habían postulado para la alcaldía. Es razonable pensar que muchos de estos votos favorecieron la candidatura de Sergio Naranjo si, tal como se pudo percibir durante la campaña, muchos equipos conservadores ligados a varios senadores de la República movilizaron sus simpatizantes a favor de la candidatura de Renovación Democrática.

En el caso del ex alcalde Naranjo, por cada 100 electores que lo escogieron como opción a la alcaldía, 34 apoyaban también sus listas al concejo. Esto quiere decir que mientras su candidatura sobrepasó los 98.000 tarjetones, las

16 En el caso de los candidatos a la gobernación, la estimación se hace con base en la votación que éstos obtuvieron en Medellín y no en el escrutinio general del departamento.

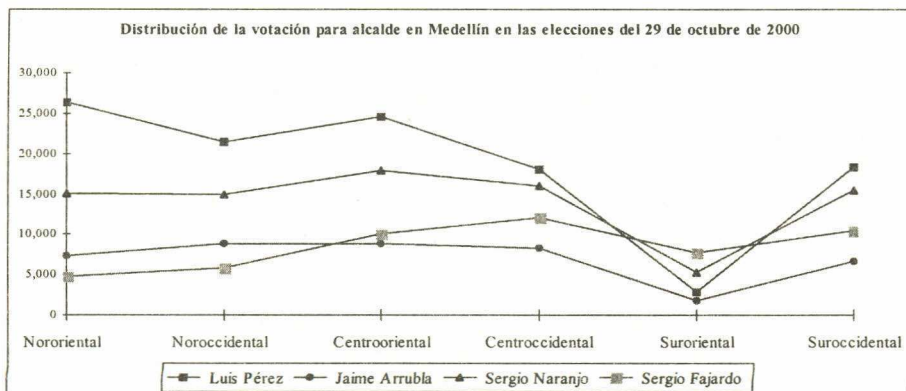
del concejo que lo estaban acompañando sumaron algo más de 33.000 votos. Algo similar, pero con mayor fuerza, ocurrió con la candidatura de Sergio Fajardo, en la que la relación era de 100 contra 19, aclarando que el número de listas al concejo que apoyaban directamente a este candidato era mucho menor. De cualquier forma, ninguna de las listas de Compromiso Ciudadano obtuvo representación en el concejo municipal. En estos dos casos se percibe que las figuras postuladas al primer cargo del municipio, excedían notablemente su capacidad de captar votos por fuera de la propia organización. Sergio Naranjo, sin duda, logró para sí una importante votación conservadora que no se ve reflejada en sus propias listas, mientras que Fajardo recogió un importante caudal electoral en sectores en los que la adhesión partidista ha disminuido, pero en los que no se vinculaba su nombre con opciones políticas para las corporaciones públicas.

En síntesis, en el liberalismo se presentó un grado significativo de correspondencia entre la votación del candidato a la alcaldía y las listas al concejo. Esto como producto de una marcada estrategia de partido que logró unir, en torno al candidato, a la gran mayoría de los grupos liberales de la ciudad. En el conservatismo, por el contrario, la votación fue muy inconsistente y las listas al concejo no lograron "arrastrar" al candidato a la alcaldía quien, adicionalmente, no pudo posicionar una estrategia clara ante el electorado que no fuera la alusión a la continuidad de la administración Gómez Martínez. Por su parte, Naranjo y Fajardo captaron importantes apoyos por fuera de sus equipos políticos y con ello incidieron en el resultado final.

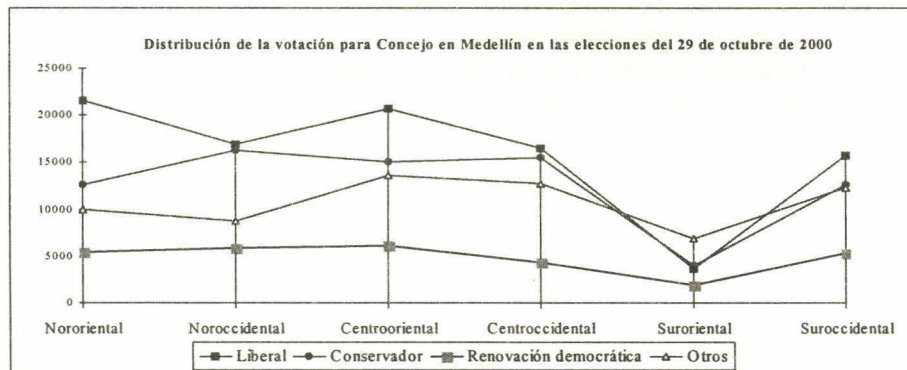
El liberalismo obtuvo los mejores registros en la mayoría de las zonas de la ciudad, tanto para la alcaldía como para el concejo. Las excepciones las constituyeron los sectores de Laureles, El Poblado y Guayabal. En el primero y tercer sector, los mejores registros fueron para Sergio Naranjo en la alcaldía; mientras que en El Poblado, las preferencias electorales favorecieron a Sergio Fajardo. Resulta significativo el comportamiento de la curva de votación del candidato conservador que no primó en ninguna de las zonas de la ciudad, e incluso, ocupó la última posición en 4 de los 6 sectores y en la votación general para alcalde en Medellín. Sus mejores registros corresponden a los sectores nororiental y noroccidental, zonas en las que los grupos conservadores han conseguido tradicionalmente importantes apoyos. Es importante señalar, además, cómo, en un fortín tradicionalmente dominado por los conservadores como el de Belén, la mayor votación la obtuvo el candidato liberal, votación que en buena parte responde a la propuesta de este candidato en torno a la realización de las

obras de la carrera 76, uno de los temas que más interés despertó durante la campaña.

En las siguientes gráficas se ilustra la distribución de la votación según las diversas zonas de la ciudad para alcaldía y concejo.



Fuente: Estimaciones realizadas con base en datos suministrados por la Registraduría de Medellín.



Fuente: Estimaciones realizadas con base en datos suministrados por la Registraduría de Medellín.

Otro elemento que vale la pena resaltar corresponde a la votación de Sergio Fajardo. Como ya se indicó, primó como opción en el sector de El Poblado, recogiendo allí un 43% de la votación. El comportamiento de la curva muestra que las votaciones más bajas las obtiene en los sectores nororiental y noroccidental, mientras que la preferencia por su candidatura va aumentando en los otros sectores de la ciudad. Fue una votación

significativa, que sin duda movilizó los sectores menos adscriptivos de la ciudad¹⁷ con base, fundamentalmente, en su imagen. De manera complementaria, y coherente con lo anterior, en El Poblado, las más bajas votaciones las obtuvieron las candidaturas liberal y conservadora a la alcaldía.

En la votación total para el concejo dominaron las listas liberales, seguidas por las conservadoras, con un tercer lugar para la categoría "otros" y finalmente las listas avaladas por Renovación Democrática¹⁸. Aquí importa hacer algunas anotaciones tendientes a aclarar el significado de esta votación y el hiato entre estos resultados y la representación efectiva en el concejo.

El dominio liberal en las urnas no se traduce en dominio en la composición del concejo. La votación de los grupos conservadores les alcanzó para obtener el primer puesto en la corporación, agregando las curules obtenidas por Renovación Democrática, grupo político de claro origen conservador. El comportamiento de las otras opciones sugiere que, con una votación agregada muy significativa, sólo lograron obtener una curul, disminuyendo ostensiblemente la participación que habían logrado en el concejo desde 1992. En la tabla de la página siguiente se consignan los índices de eficiencia¹⁹ que fundamentan lo que se acaba de afirmar.

Lo primero que puede decirse es que, en conjunto, las fuerzas políticas se han tornado más ineficientes con el paso de las elecciones locales. Este es un fenómeno que va de la mano con el incremento en el número de listas que se presentan a consideración de los electores. Dentro de las fuerzas políticas, las organizaciones conservadoras han sido las de mejor comportamiento. No obstante, si se comparan los resultados de 1997 con los de las presentes

17 Es importante insistir en esto por dos razones: primero, la votación que obtuvo Sergio Fajardo habla de aquellos sectores más volátiles del electorado; y segundo, no son del todo claras las justificaciones que dichos sectores hacen de su voto, pareciendo un abuso hablar a secas de voto de opinión.

18 Para esta parte del análisis de resultados electorales se considera dentro de un ítem separado al grupo Renovación Democrática, como se observa en los gráficos de distribución zonal de votación para alcaldía y concejo. Ésto, con el propósito de comparar la votación obtenida por sus listas al concejo con la alcanzada por el candidato de este grupo a la alcaldía.

19 Este indicador se calcula dividiendo los votos de los candidatos que resultaron elegidos por una determinada filiación política por el total de votos consignados por ésta. Lo que muestra fundamentalmente es cuántos de los votos se traducen en representación y cuántos "se pierden".

elecciones se percibe que, aunque con respecto a las otras fuerzas su comportamiento sigue siendo el mejor, redujeron su eficiencia: mientras que en las elecciones de 1997 de cada 100 votos por listas conservadoras 70 obtuvieron representación, en las presentes elecciones sólo 54 de cada 100 votos lograron hacerlo.

Tabla 1. Indicador de eficiencia en la elección de Concejo en Medellín

FILIACIÓN	ELECCIONES					
	1988	1990	1992	1994	1997	2000
Liberal	0.91	0.67	0.64	0.67	0.29	0.46
Conservador	0.59	0.91	0.90	0.78	0.71	0.54
Otros ²⁰	0.70	0.46	0.47	0.57	0.30	0.07
Totales	0.74	0.75	0.62	0.61	0.36	0.32

Fuente: Estimaciones realizadas con base en datos suministrados por la Registraduría de Medellín.

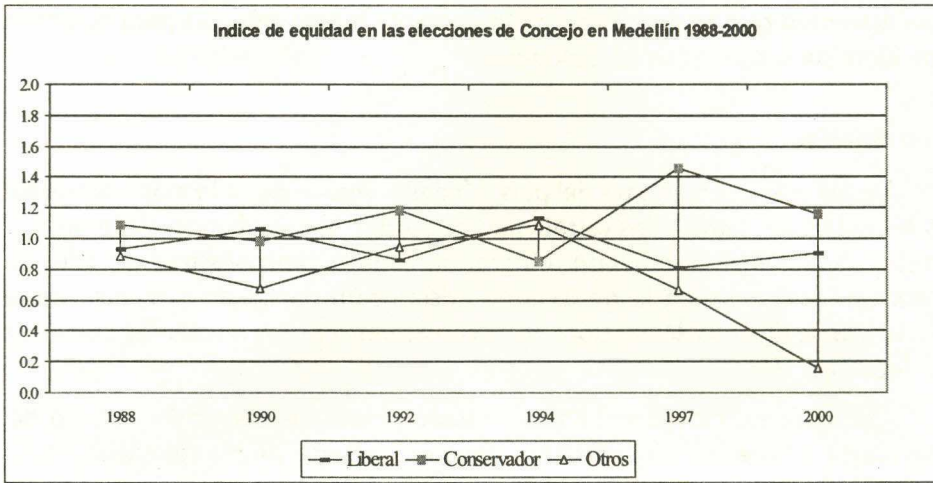
El caso del liberalismo ha sido más oscilante. Se recuperó un poco respecto a sus resultados de 1997. En esa oportunidad se perdió más del 70% de su votación, mientras que en las presentes elecciones, pudieron aprovecharse 46 de cada 100 votos favorables. Por su parte, las opciones diferentes al bipartidismo, cada vez más heterogéneas y fragmentadas, dieron muestra de una marcada ineficiencia: de su votación sólo el 7% obtuvo lugar en el concejo.

En síntesis, mirado desde el punto de vista de la actuación de las organizaciones políticas, puede insistirse en que, con el transcurso de los procesos electorales locales, se ha ido acentuando la ineficiencia para convertir votos en curules.

Otra mirada a este problema puede hacérsela desde el punto de vista de la equidad²¹ del sistema, esto es, su sensibilidad para captar los cambios en las preferencias electorales.

20 La Registraduría agrupó dentro de la categoría de "otros" a todos aquellos grupos y movimientos políticos que no estén inscritos dentro de los dos partidos tradicionales. En Medellín, de esos "otros" han hecho parte opciones políticas de diversa procedencia: partidos políticos como la Alianza Democrática M 19 y la UP, grupos de carácter religioso, étnico o ecológico y líderes barriales y comunales, entre otros.

21 El índice de equidad se lee así: el acercamiento a la unidad significa el mayor grado de equidad, su alejamiento por encima o por debajo habla de niveles de inequidad del sistema. Cuando el alejamiento se da por debajo de la unidad,



Fuente: Estimaciones realizadas con base en datos suministrados por la registraduría de Medellín.

En el caso del concejo, se ha mostrado que el sistema se ha comportado más o menos sensible ante las preferencias electorales, convirtiendo con grados aceptables de equidad las preferencias electorales en curules. Así, las que mejor se han representado son las opciones del conservatismo, pero de igual manera, tanto las liberales como las catalogadas dentro de la etiqueta "otros", han recibido un nivel de representación bastante equitativo. En lo que se refiere a los "otros", se opera una tendencia iniciada en 1997 y acentuada de manera importante en el 2000, de caída en el índice de equidad para este tipo de opciones, tal como puede apreciarse en el gráfico.

Estos dos índices, eficiencia y equidad, hablan de la manera en que se conforman los escenarios representativos en la ciudad. A lo largo del tiempo, el sistema presentó niveles aceptables de equidad, sin embargo, desde 1997 las cosas se han modificado, muy a favor de las organizaciones tradicionales, sobre todo del conservatismo. Por otra parte, los índices de eficiencia de las organizaciones, sobre todo aquellas que se instalan por fuera del bipartidismo, enseñan que la multiplicación de listas es una estrategia que tiene rendimientos marginales –en el caso del liberalismo ayudó al éxito del candidato a la

significa que se pide un número mayor de votos por cada curul obtenida. Si el alejamiento es por encima, es que con un número menor de votos se obtiene un número mayor de curules.

alcaldía– pero que se muestran profundamente inconvenientes para opciones por fuera de los partidos tradicionales.

Conclusión

De las grandes ciudades del país, Medellín sigue siendo la más tradicional en términos electorales: las estrategias de partido siguen siendo efectivas y el electorado sigue respondiendo, en gran medida, a patrones tradicionales de voto. La insistencia en la pérdida de adscripción partidista o incluso en la existencia de un voto de opinión, no es consistente con los resultados finales de la elección.

Las ideas que tanto se han publicitado acerca del categórico triunfo del liberalismo en Medellín, se atenúan cuando se observa que la composición del Concejo sigue siendo mayoritariamente conservadora, incluso con un peso mayor que en ocasiones anteriores, como lo muestra el comportamiento de los índices de equidad y eficiencia. Las listas de los grupos liberales cumplieron una importante función en la elección de Luis Pérez como alcalde, pero no lograron traducir su votación mayoritaria en una mayor participación en el concejo. Otro tanto puede decirse de las otras opciones con una importante votación a la alcaldía, incluso mucho más significativa si se le compara con elecciones anteriores en las que estas opciones no lograron captar ni el 5% de la votación, pero que retrocedieron notablemente en la participación en el concejo con respecto a elecciones anteriores, quedando sin representación sectores como los indígenas, los grupos religiosos, los universitarios y los constructores que habían hecho parte, en uno u otro periodo, de la composición de la corporación.

La posición ante los temas de coyuntura, la utilización publicitaria de características personales y de anuncios simplificados de los programas, así como la declaración de respeto de los “valores” democráticos y sociales, constituyen los contenidos –de suyo fragmentados– de los discursos políticos que sirvieron para presentar las candidaturas ante la opinión pública en las elecciones locales. Queda por documentar rigurosamente el nexo existente *entre dichos discursos políticos y las decisiones finales de los electores*. Éstas todavía parecen ajustarse a estrategias tradicionales de movilización de votantes, combinadas con halagadoras propuestas de solución inmediata a problemas que la población juzgaba como cruciales.